

AYLCEETARHA

CUENTOS DE ANTANO 2

Cuento 1

Cuento 2



Éditions Aylcée-Tarha@Aylcée-Tarha Éditions

BIBLIOGRAFÍA

Niños: (bajo supervisión parental)

- Clara, el amor de una bruja, cuento fantástico
- Clara y el círculo de piedras, cuento fantástico
- El trío feudal, El LMJ1, cuento fantástico
- Los pueblos elementales, colección de cuentos

Adolescentes: (bajo supervisión parental)

- Dualidades, novela romántica
- Los pueblos elementales, colección de cuentos

Adultos:

- Dualidades, novela romántica
- Epidamos, novela fantástica
- Feudalidades, novela de fantasía heroica
- Liberties, novela de fantasía heroica

Gratis

Infantil

- Cuentos de Antaño 1, colección de 3 cuentos
- Cuentos de Antaño 2, colección de 2 cuentos
- Farándula de Adviento, calendario
- Cuentos Pequeños, colección de cuentos
- Las Grandes Aventuras de Cocotte
- Lo Indeseado

Adolescentes

- Cuentos de Antaño 1, colección de 3 cuentos
- Cuentos de Antaño 2, colección de 2 cuentos
- Historias Perdidas, colección de 5 cuentos

Adultos

- Historias Perdidas, colección de 5 cuentos
- La Cena Inesperada
- El Ascensor
- Predicciones
- Atmósfera Química

DEDICATORIA

Estos cuentos pertenecen a una colección de relatos cortos: Cuentos de Antaño, pensados para descarga gratuita para niños (de siete a diez años). Cada cuento es completo e inédito.

Estos textos pueden ser descargados GRATIS directamente desde mi sitio web por adultos, padres, familiares, amigos, etc., quienes asumen la responsabilidad expresa de abrir la mente de sus hijos (de siete años en adelante, en plena edad de uso de razón).

Soy autor y editor independiente.

Este libro digital está en formato PDF y protegido por el certificado de derechos de autor n.º D60416-21272.

(Ilustraciones de CANVA Pro)

"Todos los derechos reservados".

"Cualquier parecido con hechos y personajes, existentes o que hayan existido, es pura coincidencia".

Este libro se compra directamente en mi sitio web por adultos, padres, familiares, amigos, etc., quienes son los únicos responsables de abrir la mente de sus hijos.

Soy autor y editor independiente.

Este libro digital está en formato PDF y protegido por un certificado de depósito n.º

(Ilustraciones de CANVA Pro)

Dado que el Código de la Propiedad Intelectual y Artística francés autoriza, en virtud de los apartados 2 y 3 del artículo L.122-5, por un lado, únicamente «copias o reproducciones estrictamente reservadas al uso privado del copista y no destinadas al uso colectivo» y, por otro, únicamente análisis y citas breves con fines ilustrativos, «toda representación o reproducción, total o parcial, realizada sin el consentimiento del autor o de sus derechohabientes o cesionarios, es ilícita» (apartado 1 del artículo L. 122-4). Dicha representación o reproducción, por cualquier medio, constituiría, por lo tanto, una infracción sancionada por los artículos L. 335-2 y siguientes del Código de la Propiedad Intelectual francés.

Prohibición del derecho de reproducción (o derecho de copia) y texto legal correspondiente, con o sin el siguiente extracto:

Reservados todos los derechos

*Reservados todos los derechos, incluido el derecho a reproducir este libro o partes del mismo en cualquier formato. Para más información, contacte con la editorial.
Reservados todos los derechos. Este libro o partes del mismo no podrá reproducirse en ningún formato, almacenarse en ningún sistema de recuperación ni transmitirse en ningún formato por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin la autorización previa por escrito de la editorial, salvo lo dispuesto en la legislación sobre derechos de autor de los Estados Unidos de América. Para solicitar permisos, escriba a la editorial, «Atención: Coordinadora de Permisos», a la siguiente dirección:*

Aylcée Tarha
La Roucoule
1, Chemin de la Bichoune
-F-15400 Menet
o por correo electrónico:
aylcee.livres@gmail.com

CLEMENTIA Y SU BURRO

Érase una vez, en una isla del Mediterráneo, una niña que, para ganarse la vida, tenía que trabajar: un vecino de sus padres se hizo cargo de ella, evitando que acabara en un orfanato. Estaba sola desde que murieron sus padres a causa de una enfermedad contagiosa. Cada mañana se iba al mercado a vender los cítricos que le daba su patrón. A pesar de su conmovedora melancolía, era feliz.

«Llega un hermoso verano y la alegría vuelve a mi corazón».

De repente, se sintió libre. Sobre su burro había cuatro cestas, dos delante y dos detrás, para equilibrar la carga: estaban llenas de hermosos limones amarillos y verdes, jugosas naranjas sanguinas, pomelos dorados y rosados y pequeñas mandarinas que llenaban el aire con delicados aromas frutales y florales.

«Queridos padres, os echo de menos, os siento a mi alrededor, despreocupados y cariñosos, os fuisteis demasiado pronto para mí».

Esta niña se llamaba Clémentia y tenía la piel morena y el acento cantarín de las chicas del sur, y un andar danzante.

-Buenos días, señor maestro, ¿todo bien?

-Sí, hija mía, ¿y tú, cuándo volverás a verme por la tarde?

-Me gustaría mucho, créeme, pero ahora no tengo tiempo, es verano. Hay muchos turistas, ya sabes.

-Sí, lo entiendo, pero es una pena para ti, habías progresado mucho. No debes perder lo que has aprendido.

-Quizás el destino no quiere que siga progresando.

-Mientras tanto, me llevaré tres kilos de naranjas, dos pomelos amarillos y otros tantos rosas. Para mi mujer, dos kilos de esas mandarinas pequeñas y dos de cada variedad de limones. Toda tu fruta está deliciosa, gracias.

-Gracias, señor maestro. ¿Nos vemos pronto?

-No me des las gracias, preciosa, es lo normal.

-Hasta pronto, quizá hasta mañana. Voy a seguir leyendo.

Su burro trotaba por los caminos que conducían a la ciudad donde se encontraba el mercado. Todas las mañanas, ella arengaba a la multitud para que los transeúntes compraran su fruta. Tenía su pequeña clientela fiel. Tenía sentido de la medida y del comercio. Estaba guapa con su vestido veraniego de colores y sus grandes pendientes.

«Mi querida Liliana, esto es para ti, ish! Que no se entere nadie».

Encantaba con naturalidad, sin artificios.

«Buenos días, Julia, ¿cómo está tu hijo hoy? ¿Bien? ¡Fantástico! ¿Quieres este pomelo rosado tan jugoso? ¿Sí?».

Su voz tenía un timbre característico, con acentos aterciopelados, impregnados de una tonalidad melodiosa y cautivadora.

«Amigo mío, ¿cómo estás? ¿Y tu madre, sigue postrada en cama? Su enfermedad se está prolongando, ¿no crees? Una languidez anormal».

Una amplia sonrisa se dibujaba en su boca, enmarcando sus tímidos labios. La imagen que ofrecía, sin pretenderlo, caldeaba el ambiente con su personalidad alegre y encantadora. Sabía mostrarse conciliadora en determinadas circunstancias y más severa en otras. Su particularidad era su capacidad para adaptarse a cada cliente que se acercaba a ella. Siempre era amable y reservada.

-Señora, ¡deténgase, venga a oler mis limones madurados al sol!

-Sí, sus frutas estaban deliciosas ayer, ¡hoy voy a comprar más!

-¿Un kilo de estas hermosas clementinas, señorita?

-Sí, probaré estas pequeñas con dos sanguinas.

-Eh, señor, ¿estas mandarinas para sus hijos?

-¡Les han encantado! Me llevo también estos dos pomelos rosas y estos cuatro limones verdes para mis cócteles.

-Aquí tiene su pedido, señora, bajando la voz: le he añadido unos dulces para su marido, le animarán y a usted también, sin duda.

-Oh, gracias, señorita, es usted muy amable.

-Intento dejarme guiar por Dios, padre de mis padres.

-Sí, es muy triste para usted esa pérdida tan afectiva, siendo tan joven.

-Sí, así es, sonrío por ellos, ofreciéndoles esto.

Cuando terminó, con las cestas vacías de fruta pero los bolsillos llenos de dinero sonando, subió tranquilamente comiendo un sándwich que le había ofrecido el dueño del bar-restaurant. Se sentó a horcajadas sobre el animal, que subía dócilmente las empinadas laderas, llevándolos de vuelta a su casa, rodeada de prados y árboles frutales, en las alturas del pueblo portuario.

«Tengo la suerte de llevar una vida tranquila, aunque laboriosa».

El animal la adoraba y hacía todo lo que ella le pedía. Le gustaba su compañía, su dulzura y se dejaba guiar por ella de buen grado. A menudo le ponía la cabeza sobre el hombro, pidiendo su atención, deseando una caricia, una zanahoria. Ella lo halagaba, lo acariciaba, los dos formaban un verdadero dúo. Se entendían sin hablar, solo con gestos o actitudes, con la resonancia de su órgano vocal.

«Eres servicial y trabajador como yo, hermoso animal».

Ella cuidaba de él, de su pelaje, de sus pezuñas, de sus orejas y de sus ojos. ¡Se querían muchísimo!

«Vamos, querido Aliboron, sé que tú también estás deseando volver a tu prado fresco y verde, a tus comederos de cereales y agua fresca. Yo también me siento bien allí, en mi pequeña habitación... pero no estoy allí muy a menudo... por desgracia, para leer y soñar... Toma, mi hermoso compañero de cuatro patas, aquí tienes tu zanahoria, mira qué buena está, ¿verdad? Sí, te ayudará a subir la cuesta, ¡ya verás! Un último esfuerzo, mira esa última curva un poco más arriba y

por fin te liberaré de tus cestas de mimbre, podrás irte a descansar galopando bajo los manzanos. Hemos trabajado bien juntos esta mañana: cuanto antes lleguemos, mejor nos acomodaremos, al menos tú... porque a mí, claro, me encontrarán otras tareas que hacer para volver a llenar las sacas de yute del granero.

Él respondía con un grito apropiado, según lo que sentía.

«Sí, veo que estás contento de comunicarte, yo también».

En cuanto Clemencia llegaba a casa, llevaba a su burrito al prado, llenaba de agua fresca su abrevadero y le arreglaba la paja en la cabaña. Le daba el dinero a su patrón y le contaba las noticias del día. Se iba al huerto a llenar las cestas para el día siguiente, canturreando. A menudo se sentaba a soñar con otra vida, en el borde del pozo o bajo los árboles frutales.

«A pesar de todo, soy afortunada gracias a este entorno bucólico y protector, a esta gente generosa, a esta vida tan tranquila».

Por la noche, ayudaba a preparar la cena, comía con sus benefactores, recogía la mesa, barría la cocina y se iba rápidamente a acostarse a la pequeña habitación que le servía de dormitorio. Esta habitación estaba junto a la cocina, lo que era muy práctico para encender el fuego por la mañana. La mujer del patrón la despertaba temprano para que se aseara y ambas preparaban el desayuno.

«Buenos días, Clémentia, ¡venga, vamos, es la hora! El patrón volverá pronto de los campos de los alrededores y tendrá mucha hambre».

Comían y luego cada una se iba a sus quehaceres.

«Buenos días, señora, ya estoy lista, ¿qué hay que hacer hoy, aparte de ir al mercado? ¿Las frambuesas, quizá?».

Una vida marcada por el ritmo de los días.

-Sí, señora Yvonne. Lo haré cuando vuelva, por la tarde.

-Entonces, Clémentia. ¿Has dormido bien? ¿Has leído mucho esta noche?

-Sí, gracias. Acabo de terminar mi cama. Dejé de leer después de unas páginas, estaba demasiado cansada después del día para seguir.

-Muy bien, ¿te has lavado y cambiado? ¡Hay que estar limpia!

-Sí, y también he encendido la estufa y traído leña y troncos.

-Qué amable, el café está listo y tu taza de leche está templada.

-Gracias, me va a encantar. ¿Pan duro también?

-Creo que sí. Te he puesto más tostadas si tienes hambre.

-Oh, no se moleste, señora Yvonne.

-Tienes que comer, pequeña. Trabajas mucho, tienes que coger fuerzas.

-Sí, lo sé. Gracias por acogerme aquí.

-No hay de qué. A nosotros también nos gusta.

-Intento ser muy pequeña para no molestar.

Cuando sus padres fallecieron a causa de la epidemia que asolaba la zona, la pequeña fue acogida por los propietarios de la finca vecina. Solo había cambiado de casa, ya que la suya había sido vendida para pagar el doble funeral y los gastos adicionales. Había que saldar viejas deudas... El comprador había permitido pagar cada resto que llegara a la casa paterna de los difuntos.

«Yo no habría podido salir de ese lío burocrático...».

Clémentia había oído rumores entre los aldeanos, que hablaban de su triste destino. Sabían que su jefe, el señor Georges, lo había comprado todo por un precio razonable. No había aprovechado la ocasión, salvo para hacer trabajar a la niña sin que fuera a la escuela. «En cierto modo es criminal, ¿cómo va a poder trabajar más adelante? Se arriesga a estar empleada de por vida».

«Sé el alfabeto, sé escribir y hablar, contar y hacer cuentas, mantener relaciones cordiales...».

Todos los domingos por la tarde, después del mercado

dominical y de la misa del mediodía, adornaba la tumba común de sus padres. Dos angelitos la decoraban: se habían ido tan rápido y tan pronto... Le dejaban recuerdos hermosos y tiernos, una especie de consuelo en el paso del tiempo... Le gustaba venir allí: itodo estaba tranquilo en ese espacio abierto a los cuatro vientos!

«Papá, mamá, os llevo en mi corazón con alegría: ahora sois felices y estáis protegidos por Dios, lejos de los males terrenales. No os preocupéis por mí, me las arreglo bien, tengo un techo, comida y trabajo. Solo lamento una cosa, no poder seguir estudiando. No estoy sola, tengo a mi burro Cadichon, que me acompaña cada mañana al pueblo. Es vuestro último regalo antes de marcharos y os lo agradezco: siempre es tan bueno y protector conmigo. Os he traído vuestras flores favoritas, querida mamá, son de vuestro jardín. Las cuido con mucho cariño, el señor Georges me deja ocuparme de sus plantas. Él fue quien me acogió y me dio cobijo. Él y su mujer son los propietarios de nuestra casa. Besos y descansa en paz. Te quiero».

Su infancia fue desapareciendo poco a poco, creció con valores como el corazón, la bondad y el amor. No había podido ir a la escuela, ni siquiera a clases nocturnas. Era imposible para ella: trabajaba duro en la granja desde la mañana hasta la noche. Dos veces por semana, el maestro venía a enseñarle lo básico de lectura, escritura, aritmética, ciencias, geografía, historia y educación cívica.

«Tienes una gran capacidad intelectual, Clémentia».

Con esa escasa educación escolar, conseguía leer lo esencial, calcular con bastante precisión y escribir correctamente una carta.

«Me las arreglo bien para lo que tengo que hacer», le dijo con orgullo el maestro. El alcalde también».

Eso le permitía ir a la biblioteca una vez a la semana para tomar prestadas novelas para adolescentes.

«Estos libros me hacen viajar a países maravillosos».

Pensaba en otras cosas que no eran su trabajo diario, que le planteaba un sinfín de preguntas. Su mente ágil y fértil le abría nuevos horizontes y le descubría pueblos diferentes. Le hacía sentir como si estuviera viajando, haciendo descubrimientos deslumbrantes, probando cocinas con sabores y aromas diversos, y contemplando talentos artísticos y arquitectónicos a veces geniales. ¡Poco a poco se iba desarrollando!

-Buenos días, señorita Arlette. ¿Tiene más?

-Hola, Clémentia. ¿Ya me traes tus libros?

-Sí, me los devoro en estos días de otoño e invierno.

-¡Vaya! Debes dormir mucho, si no, no aguantarás mucho tiempo a este ritmo. Tienes que cuidarte más.

-¿Ha recibido otros libros? ¿Alguna novedad?

-No, por ahora no, pero creo que estos te gustarán. La literatura ayuda a veces, créeme.

-¿Clásicos? ¡Ah, sí, Beaumarchais! ¡Las bodas de Fígaro! Lo han cantado y puesto música, ¿no?

-Y te he guardado este especialmente: ¡la última biografía de Julio Verne! Así descubrirás todas sus novelas.

-¡Es mágico, y también las de Víctor Hugo y Émile Zola!

-La próxima vez tendrás a Molière, Racine, Pascal, Rabelais.

Clémentia, con el paso de los años, se convirtió en una hermosa joven, de carácter valiente y alegre. Cantaba cuando iba al mercado, vendía gracias a su brillante sonrisa y tenía respuestas amables para su numerosa clientela. Cortés y reservada, era una persona que encarnaba a la nuera perfecta. También era cortejada por varios jóvenes, pero su corazón no latía por ninguno de ellos.

«Solo me uniré a aquel que me haga sentir mariposas en el estómago».

Sin embargo, algunos eran buenos partidos y personas simpáticas, con un futuro ya trazado. Seguramente era porque, al tratar con ellos demasiado, solo los veía como amigos y no como futuros pretendientes. Tenía donde elegir: deportistas, trabajadores, artistas, manitas... Pero no conseguía decidirse ni iniciar un romance, le faltaba ese algo

que la hiciera vibrar.

«Quizás le pido demasiado a la vida...».

No podía confiar en nadie porque no tenía ninguna amiga de verdad. Había leído varios artículos sobre este tema tan íntimo.

-Bueno, Matthieu, ¿qué tal estás esta mañana? ¿Has ido a trabajar con tu padre? ¿Trabajas todo el día con él?

-Sí, y le echo una mano, me gusta este trabajo físico, calcular los volúmenes realizados y los que quedan por hacer.

-Estás muy contento, no como cuando ibas al colegio, ¿verdad? Me alegro de que hayas encontrado tu camino.

-Sí, ¡qué traviesa! Me siento bien en la obra, libre de movimientos. Sí, tienes razón, ¡qué lista! ¿Y tú?

-¡Hola, Gilles! ¿Todo bien? ¡Estás sonriendo! Qué agradable.

-¡Hola, Clémentia! ¿Me puedes pesar tres kilos de esas naranjas tan coloridas? Las sanguinas, por supuesto, ¿de acuerdo?

-Claro. ¡Apuesto a que son para tu abuela paterna!

-Exacto, preciosa. ¿Y cuándo vendrás conmigo al baile de San Juan? ¡Sigo esperando tu respuesta!

-Vaya, no me sueltas ni un pelo, ¿verdad?

-¡Qué le vas a hacer, me aferro, soy muy tenaz!

-Solo puedo decirte que sí como amigo. ¿Te parece bien?

-No, y lo sabes muy bien, quiero más para casarme.

-Oh, eso no es para mañana. Ve al servicio militar y luego ya veremos si sigues en mis planes, ¿de acuerdo?

-Eres incorregible, indescriptible, pero tan original, ¡te adoro!

Y entonces, un día...

Al doblar una esquina, se encontró con alguien que iba a cambiar su vida de la noche a la mañana sin previo aviso. Volvía tranquilamente del mercado, trotando junto a su burro. Como este se estaba haciendo viejo, ella le aliviaba el trabajo caminando a su lado. Él se lo agradecía y la mimaba poniendo la cabeza sobre su cuello. Así que volvían a casa como de costumbre. Hacía calor, y bebían en cada recodo del bosque.

«Vamos, adelante, mi viejo burro, ya casi hemos llegado, solo queda una pequeña curva y estaremos allí. Entonces podrás descansar...».

El sol estaba en lo alto de su recorrido celeste: era un día caluroso de verano y la cantimplora estaba casi vacía. Iban uno al lado del otro cuando un coche pasó a toda velocidad por la carretera. Entonces se oyó un ruido sordo y un golpe. El pequeño burro gris se desvió y cayó en la cuneta. La joven intentó sacarlo, pero no lo consiguió. Entonces, el conductor se acercó para disculparse por su conducción temeraria.

-Mis más sinceras disculpas, señorita. No sé cómo expresarle mi pesar. ¿Puedo compensarla de alguna manera?

-Seamos concretos: ayúdeme a sacarlo, ¿quiere?

-Sí, señorita, me avergüenza no haberlo pensado antes. Seguramente ha sido la visión de un ángel en este camino...

-El impacto del incidente le ha dejado sin sentido.

-Sí, sin duda tiene razón. ¿No le ha pasado nada?

-Espero sobre todo que mi querido animalito no haya sufrido secuelas. Es indispensable para mi vida cotidiana, como usted ve.

-Le pagaré otro, no es importante para mi bolsillo. Podrá sustituirlo, ya que es más joven que este.

-Para mí sí que importa, es mi amigo antes que un animal, ¿entiende? Es una parte de mi vida que se ha borrado.

-Me conmueve, señorita, me siento avergonzado ante usted.

El hombre era unos diez años mayor que ella: tenía un bonito cabello castaño, ojos color avellana claros y directos detrás de unas gafas de estilo intelectual, manos cuidadas y una estatura enérgica. Clémentia lo miró molesta por su aire selecto y su lenguaje refinado. No formaba parte de su mundo. El descubrimiento de un entorno diferente la hizo desconfiada, distante, interrogativa.

«¡No quiero su dinero! No le he pedido nada, y mucho menos limosna. ¿Quién se cree que es este energúmeno?».

Además, demostrar que el dinero lo compraba todo la llenaba de horror. Intentó no juzgarlo, pero lo consideró un

hombre inconsciente, sin corazón hacia los animales. ¡Para ella era inconcebible! «Este tipo no tiene ni pizca de vergüenza. ¡El dinero lo es todo! Estoy furiosa, pero tengo que calmarme o me voy a poner como una tigresa. Me saca de mis casillas, y eso no es habitual en mí. ¿Qué me pasa?».

-Señorita, disculpe mi falta de discernimiento. Entiendo las molestias causadas. ¿Quizás una grúa?

-No sería nada si no hubiera caído en esta zanja tan profunda. No sé cómo sacarlo ahora.

-Voy a echarle una mano. No puedo dejarla en un aprieto así. Lo siento mucho, me pongo torpe, no sé qué hacer. Pensemos.

-Bien. Como veo que va bien vestido, quédese aquí y tire de la cuerda cuando se lo diga. ¿De acuerdo? Es fácil, ¿no?

-¿Quiere llegar hasta el fondo? Eh, ¿cree que puede? Bueno, si usted lo dice... ¡Pero podría hacerse daño!

-Sí, claro. Hay que empujarlo por detrás, ¿no? Voy ahora mismo. Y usted, no se olvide de tirar de la cuerda cuando le diga. ¡Cuento con usted! No se vaya, ¿eh?

Bajó sin más problemas, encontró a su burro asustado y lo tranquilizó hablándole con dulzura. Luego, muy despacio, se colocó detrás de él y lo animó a subir mientras le ordenaba al señor que tirara. Tras varios intentos fallidos, los dos protagonistas lograron su objetivo: ¡volver a poner al animal asustado en el empinado camino!

«¡Uf, menos mal!».

Cuando reapareció con dificultad en el camino asfaltado, estaba en un estado lamentable: el corsé manchado, la falda embarrada, las piernas arañadas por las zarzas, los zapatos bajos malolientes y el pelo rizado y enredado. Pero había logrado su objetivo y no podría haberlo conseguido sola... ¡Eso era lo importante! Se mantenía erguida y orgullosa de haber logrado, con la ayuda de aquel desconocido, el arriesgado rescate de su compañero.

-Disculpe mi aspecto», dijo burlándose de sí misma.

-Estás aún más guapa así, créeme. —Hablabla muy en serio

mientras le sonreía y le tendía una mano para ayudarla. Tienes un encanto increíble, dan ganas de abrazarte.

-Solo intentas parecer generoso. Pero me hace ilusión. La naturalidad no mata, no es ridícula.

-¿Dónde vive, para acompañarla?

-Está muy cerca de aquí. En el próximo cruce, a la derecha: la finca Cocorico and Co, donde trabajo. Por cierto, llego muy tarde. Los jefes se van a enfadar conmigo.

-¿Y su casa? ¿Sus padres? ¿Es huérfana? ¿Tiene hermanos?

-Soy huérfana desde hace mucho tiempo y mis vecinos y jefes me acogieron para que no fuera a un centro de acogida.

-¿Puedo visitarlos allí? ¿En su casa? ¿En el patio?

-Si lo desea, por supuesto. Pero trabajo todos los días excepto los domingos por la tarde, que voy a visitar a mis padres al cementerio. Les gustaba la vida y las flores.

-¿Cómo te llamas? ¿Clementia? ¡Qué nombre tan bonito! Toma, aquí tienes mi tarjeta. Me presento: Ernest du Forest, director de teatro y cine.

-¿Te dedicas al séptimo arte? ¿Eres famoso?

-Se puede decir que sí. Volveré a visitarla, se lo prometo.

-Me olvidará muy pronto, querido Ernest. Estoy segura.

-No esté tan segura, señorita, se lo arrepentirá.

-Ya veremos lo que nos depara el futuro, señor.

-Un rostro y un porte como los suyos no se olvidan fácilmente.

-Vil adulador: como toda mujer, aprecio sus halagos.

Se dirigió a su coche, aparcado más adelante, en el arcén de la carretera. Arrancó y hizo rugir el motor. El animalito temblaba por la experiencia y Clémentia le acarició el cuello para tranquilizarlo. Le dijo adiós con la mano cuando pasó junto a ella y siguió su camino como si nada hubiera pasado. Al llegar a su destino, contó lo sucedido para disculparse por el retraso y no dijo nada personal.

«No quiero que me tomen por una mentirosa, una presumida, una mujerzuela, una provocadora. Solo soy yo».

Los jefes la miraron de forma extraña, pero no dijeron nada

sobre el incidente. Ella prefirió guardarse algunos detalles para sí misma. Pasó toda la tarde trabajando en el huerto y realizando sus diversas tareas... como todos los días, como si nada hubiera pasado. Llegó la noche y, muy cansada, se acostó por fin. Soñó... con un hombre que venía a llevársela lejos... muy lejos... muy lejos de su vida actual.

«Soy una romántica intelectual, una idealista».

Los días siguientes, la rutina volvió a imponerse. El domingo por la tarde, como de costumbre, fue a poner flores en la doble tumba de sus jóvenes padres. Hablándoles con ternura, les contó su encuentro de principios de semana y rezó p ellos. Fue entonces cuando sintió una presencia detrás de ella. Se volvió y lo vio, ligeramente apartado, delante de la puerta de entrada de aquel lugar de recogimiento.

«Ha venido, cumpliendo su palabra, como una promesa».

La vio acercarse con su peculiar andar, todo roces discretos, ligeramente etéreo.

«Dios mío, qué aspecto, qué porte de reina», pensó. «Tendrá un éxito arrollador, sin duda. Es tan natural e ingenua».

Se sonrieron instintivamente, comprendiéndose ya. Él se adelantó y le abrió la puerta del copiloto de su descapotable, invitándola a sentarse. Ella se sorprendió por su silenciosa invitación: ¡qué sorpresa para ella! Su primer gesto fue desmayarse. ¿Por qué no correr? Él no podría alcanzarla. El segundo fue escucharlo y sacar las consecuencias de sus actos.

-Venga, para compensarla, la invito al puerto a tomar algo o a comer un helado. Lo que usted prefiera. ¡Le quitaré unas horas! Venga conmigo, Clémentia.

-Es muy amable, pero los chismes... Ernest, aquí hay muchos.

-Escúchenme, no pretendo hacerles daño, solo quiero que estemos juntos, eso es todo. Además, quiero fotografiarles. Serán inmortales. Serán estrellas.

-¿Qué? ¡No! ¡Me pueden despedir o algo peor!
-Pero... ¡quiero hacer una prueba y darle trabajo si sale bien!
¡Como actriz! Encarnarías tan bien a la chica ideal... Firme un contrato con Ernest du Forest.
-Se está volviendo loco, querido Ernest. ¿Y quién le dice que yo quiera? ¿Y si es un fracaso? ¡Lo perderé todo!
-Cualquier chica querría estar en su lugar, créame... Para todos, usted será Gina Clémentine.
-Pues yo no aspiro necesariamente a ese papel.
- ¡Y me casaré con usted, sin pensarlo dos veces! ¡Será solo mía!
-¿Perdón? ¿Lo dice en serio? ¿De verdad? ¿Usted y... yo?
-¡Por supuesto! Toma: esto es lo que quería regalarte durante nuestra conversación frente a una copa en el puerto. ¡Ábrelo, te lo digo! Es la garantía de nuestro futuro... Eh... Colaboración. ¡Estoy totalmente seguro de mí mismo! Te quiero en todos los ámbitos de nuestra vida matrimonial.
-¿No te da vergüenza proponerme matrimonio?
-En absoluto, sé muy bien lo que hago: ¡te quiero!
-No es posible, no nos conocemos lo suficiente para dar un paso tan importante, oficial, administrativo y espiritual. Eres de otro mundo, de una esfera virtual.

Ella abrió la pequeña caja cuadrada blanca y dorada satinada que contenía... un anillo... ¡de oro y diamantes! Una pequeña maravilla de orfebrería: finamente cincelado en forma de C y E, las dos iniciales entrelazadas con sus nombres... ¡y con una piedra del color de sus ojos en cada una! Al parecer, había pensado en todo, sin contar con que ella lo rechazara. Ella se echó a reír.

«Si no nos llevamos bien, nos divorciaremos: mi corazón estará roto».

Clémentia se aferró a la puerta como para huir.

«Si digo que sí, será para toda la vida...».

Él se sentó en el asiento del conductor mientras ella abría su inesperado regalo. Se sentía halagada, feliz, pero... a pesar de todo, dudaba. Todo iba demasiado rápido para ella.

Estaba en un tiovivo que giraba y giraba y giraba... Entonces Ernest le tomó la barbilla y se acercó a sus labios entreabiertos, donde depositó un beso ligero pero presente. Estaba enamorado.

«Yo, Ernest, te tomo por esposa y tú, Clémentia, ¿me tomas por esposo ante Dios y los hombres?». Pregunta.

Le estrechó la mano y le puso el anillo de compromiso, estaba emocionado. Una lágrima de alegría la conmovió profundamente.

-Entonces, pequeña flor, ¿quieres dar tus primeros pasos como adulta a mi lado? ¿Confías en mí como yo confío en ti? Juntos conquistaremos el mundo.

-¡No me vengas con eso otra vez!

-¡Eres terrible, no has respondido a mis preguntas! ¿Qué más puedo decir o hacer? Vamos...

-Sí, confío en ti, pero... ¿no es demasiado pronto... para hacer planes así? ¿Estás realmente seguro... de ti... de tus sentimientos... de mí... de nosotros...?

-Más que nunca en toda mi vida, oh sí.

-Pero vamos... es muy... es demasiado... rápido...

-¿Qué necesitas para creerme? ¡Ya lo tengo!

- ¡Nada, pero todo a la vez! Estoy muy confundida...

-Ven conmigo, vamos, ¡sal del coche!

Le tomó la mano, la atrajo hacia él y la arrastró hacia las rejas de hierro forjado del lugar tan impregnado de serenidad espiritual. Se detuvieron en el lugar donde dormían los padres de Clémentia para la eternidad. Se arrodilló frente a ella y les pidió, en cierto modo, su aprobación silenciosa. Entonces, con voz alta y clara, pero llena de una fuerte emoción concentrada, le dijo a su futura esposa:

«Aquí está vuestra querida hija y aquí estoy yo, Ernest, que vengo a pedirles simplemente su mano, ¿me la concedéis?». Apenas pronunció estas palabras cargadas de significado, un pájaro comenzó a cantar. Ernest miró entonces a Clémentia y le sonrió al señalárselo. Ella estaba más que emocionada y le

devolvió la sonrisa. Él lo interpretó como una señal favorable y la rodeó con sus brazos.

«¡Seremos la pareja más hermosa y el dúo más feliz! Te amo, te entrego mi vida para que me ames».

Parecía enamorado y posó sus labios en el cuello de la joven, que se sonrojó al instante. Regresaron al coche, cogidos de la mano. Acababan de sellar un pacto solemne con un juramento de eternidad. La hizo entrar con respeto en la mejor posada del puerto deportivo, donde les esperaba una mesa. Lo reconocieron y lo celebraron. Ernest no se separó de ella ni un momento y la convirtió en una estrella internacional.

«Me intimida este mundo selecto: algunos son tan artificiales que tendré que mantenerlos a distancia, no los quiero».

Esa noche, se celebró dignamente su compromiso y las relaciones privadas de Ernest hicieron que la noticia se difundiera rápidamente entre sus círculos de amigos y contactos profesionales. Fue como la pólvora y los periodistas y fotógrafos invadieron el puerto y sus alrededores. Pronto, Clémentia se vio obligada a encerrarse en la propiedad de Ernest para tener paz. Allí comenzó su frenesí fotográfico.

«No me mires o me derrumbo, preciosa. No te fijes en la cámara, quédate natural, ya lo verás después».

Se las dejó al día siguiente durante el desayuno que tomaban juntos y le dijo en tono burlón que esperara un poco:

«Come, si no se te quitará el apetito, Clémentia».

Una vez que terminaron de degustar juntos sus bandejas en la terraza a la sombra, ella abrió su futuro libro electrónico profesional y allí se llevó la sorpresa de su vida: aquella joven era tan guapa que ella no podía competir con ella, con ese top. Lo miró con los ojos llenos de lágrimas. Él malinterpretó el motivo y le dijo alegremente: «¡Así eres realmente, mi amor! Eres y serás mi heroína, te he

descubierto y estoy orgulloso de ti».

«Pero Ernest, esa maravilla no soy yo, te has equivocado de fotos. ¡Yo no me veo así en absoluto!».

Ernest comprendió muy pronto que esta mujer tenía carácter, a pesar de su personalidad afable y espontánea. Distinguía fácilmente entre los buenos y los malos, y solo mostraba simpatía por muy pocas personas de su entorno. Esto le permitía desconfiar más de las personas que se cruzaban en su camino: la fama, el éxito, el dinero, la fidelidad, los negocios, los sentimientos, la hipocresía. A lo largo de los años, le pidió consejo.

«Ten cuidado, ese tipo no es tan fiable como dice, se aprovecha de tu influencia para saltarse las reglas y tratar directamente contigo».

Solo fue suya sexualmente en su noche de bodas, en medio del Mediterráneo, en un yate de crucero con amigos de verdad. Invitó a sus antiguos jefes, que no acudieron, a su antiguo profesor y a su mujer, a la joven bibliotecaria y a su compañero, al cura y al sacristán de su parroquia, que los casó en secreto, al alcalde y a su mujer, y a su dúo de amigos de la infancia, Gilles y Matthieu.

«¿Y mi burro Ernest? Hay que encontrarle un lugar agradable donde pasar sus últimos días. Quiero estar a su lado hasta el final, por favor».

Clémentia se convirtió en una mujer en sus brazos: él la amó tiernamente toda su vida, fue su mentor y su representante. La convirtió en una gran estrella del cine francés e italiano y luego internacional: subieron juntos, mano a mano, las escaleras del famoso festival de Cannes, luego se fueron al de la Mostra de Venecia, a la Berlinale en Alemania y volaron a Estados Unidos para los Óscar, que ella ganó.

«Dedico este trofeo a Ernest, sin el cual no sería nada, mi esposo, mi mentor, mi agente, mi amigo y mi confidente».

Todo fue un éxito, excepto una parte fundamental: los hijos. No pudo darle hijos tras un desafortunado accidente de

coche que la dejó coja y estéril, ya que el impacto le dañó el aparato reproductor. Adoptaron a diez niños de todo el mundo (Indonesia, China, Nepal, Filipinas, Brasil, Argelia, Marruecos, Túnez, Guadalupe y Madagascar). Los educaron con cariño y todos ellos alcanzaron una buena posición social.

«Estamos orgullosos de vuestros estudios universitarios, vuestros títulos y vuestras carreras, de vuestro futuro y de vuestras vidas privadas».

Su romance duró hasta la repentina muerte de Ernest a causa de un infarto en su casa de Los Ángeles. Como los hijos acababan de alcanzar la mayoría de edad, Clémentia les repartió la fortuna de Ernest, vendió la casa y se retiró a Europa, donde viajó mucho gracias a su talento como fotógrafa profesional reconocida por sus retratos... de personajes famosos.

«Hijos, me retiro lejos del bullicio de la vida y pienso escribir algunas obras que narren mi existencia».

Hacia el final de su vida, compró una isla, donde vivió voluntariamente sola con varios burros al final de su vida, rodeada de sus diez hijos y sus familias durante sus vacaciones: entre olivos, cítricos, viñedos y hierbas aromáticas. Finalmente, descansó sus doloridos miembros bajo el sol mediterráneo... para siempre, junto a su querido esposo, que la acompañó hasta su último aliento.

GENEVIEVE Y SU MISIÓN

En un bosque muy profundo había una casita. Estaba construida con troncos, bajo la copa de los árboles. Había un pozo cerca de un arroyo. En ella vivía una mujer solitaria y voluntariosa. Pocas personas llegaban hasta ese callejón sin salida, situado en lo alto de ese rincón semimountainoso. Solo los vientos silbaban entre las ramas de los abetos, en la otra ladera del precipicio.

«Me he refugiado aquí, es mi mayor victoria en la vida. ¡No me arrepiento en absoluto de esta decisión tan clara!».

La gente de los pueblos de los alrededores llegaba a este extremo a finales de año para elegir su abeto, transportándolo diligentemente y arrastrándolo detrás de sí hasta sus hogares. Allí les esperaban hordas de niños alegres y mujeres curiosas. Todos se reunían en el centro de las aldeas y formaban corros al son de vítores y aplausos inoportunos.

-Buenos días, abuela, ¿siempre sola con tus recuerdos?

-Sí, granuja, ¿y tú, otro retoño, otro en camino?

-¡Las noticias vuelan, por lo que veo! ¿Cómo lo sabes?

-¡Son los cuatro elementos los que me susurran al oído!

-O el guardameta te los susurra... bruja...

-Cree lo que quieras, pero lo sé todo sobre todos vosotros.

-Sí, claro, desviáis la atención cuando queréis.

Allí, escondida entre la vegetación, vivía una anciana llamada Geneviève. No era como las demás matronas que coqueteaban con su avanzada edad: ¡era una original! Prefería vivir sola, aislada, al margen de los demás: la gente del pueblo no la frecuentaba, cada uno en su casa, disfrutando de su libertad para ir y venir a su antojo o para pensar, sin tener que rendir cuentas a nadie.

«Qué hermosa serenidad rodea cada día que Dios nos

concede».

No molestaba a nadie, ni siquiera aunque todos supieran que estaba allí. Su presencia era reconfortante.

-Geneviève, ¿te queda un poco de ese jarabe para la tos de mi suegro? Le fue muy bien el invierno pasado.

-Sí, claro, Odile: pasa, debes de tener sed, ¿no?

-Sí, pero tengo que irme pronto, itengo que meter el ganado en el establo! Las vacas de los pastos de montaña a veces son impacientes.

-Me lo imagino: ite hacen trabajar demasiado, esos bichos!

-Así es, es nuestro deber ayudarlas... mientras podamos.

Un día de primavera, una jovencita, apenas salida de la adolescencia, vino a pedirle consejo. La había visto subir por el empinado sendero y Geneviève sabía por qué llamaba a su puerta. Era por un problema íntimo que todos juzgarían mal, dejándola de lado, juzgándola, rechazándola, insultándola. Su indulgencia le hará bien a la joven, pero ¡adiós a su querida soledad!

«Una buena acción debe venir del corazón, no de la razón...».

Geneviève estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto al ofrecerle su techo de forma natural, si a ella le parecía bien.

-Buenos días, jovencita, eres nueva por aquí, nunca te había visto por estos lares, ¿cómo te llamas?

-Hola, soy Ariane, ¿usted es la señora Geneviève?

-Sí, soy yo, te escucho, ¿quieres sentarte un momento? ¿Quieres un vaso de agua? ¡Estás muy pálida!

-Sí, gracias por su hospitalidad. Voy a ser directa, estoy embarazada y no sé qué hacer. Ya está, ya se lo he dicho, señora.

A su alrededor, las hojas se movían con frialdad.

«Le voy a proponer un reto, será a su medida».

Geneviève escrutó su bonito rostro, sus rasgos demacrados,

su cansancio extremo, escuchó también su dolor, percibió su desconcierto.

«¿Y si se queda aquí mientras lo piensa?».

Había hecho algo muy grave en aquella época: se había enamorado de un joven y estaba embarazada. ¡Esperaba un bebé! Pero en lugar de alegrarse por ese regalo del cielo, ¡quería destruirlo! La anciana le dijo que no debía ver a ese pequeño bebé como un error, sino como una alegría. Como una verdadera bendición celestial.

«¡No estoy aquí para dar lecciones de moral, sino para hacer justicia!».

¡La vida estaba hecha para celebrarla, no para destruirla!

-Querida Ariane, el amor ha entrado en tu vida a través de esta prolongación de ti misma y de él, ahora debes asumirlo.

-¿No me juzgas frívola o algo peor, Geneviève?

-¿Por qué iba a hacerlo? A veces, en nuestro camino, hay sorpresas imprevistas, obstáculos que superar, ¡eso es todo!

-Sí, eso es lo menos que se puede decir. ¿Y no me preguntas nada? ¿Me recibes así en tu casa?

La anciana le respondió con seguridad:

«Es tu historia. Si puedo ayudarte en esta prueba, estaré presente para tu experiencia maternal».

Este ser que estaba por llegar debía sentirse deseado para vivir feliz. Ella no quiso escuchar las alegaciones de la niña y sus elucubraciones del tipo «no sé dónde acudir para abortar» o «estoy sola, mi futuro se verá arruinado por este error de juventud». Un niño nunca es un error, sobre todo si llega así, sin que realmente lo esperes. ¡Solo será felicidad!

«Todo está dicho, hecho y pronunciado para seguir adelante con optimismo».

La invitó a quedarse en su casa mientras esperaba el parto.

-Aquí está tu habitación y la del bebé, ¡ponlo todo como quieras! Lléname de energía y alegría de vivir.

-¿Estás segura, Geneviève? ¿No te molestará? Los niños hacen ruido, también lloran por la noche...

-Traerá alegría a esta casa, que es demasiado grande para una sola persona. Compartir todavía existe.

-Eres mi ángel de la guarda, ¿qué haría sin ti?

Geneviève le recordó un principio fundamental:

«También tendrás que hacerte cargo de tu futuro...».

Para que nadie pensara que Ariane iba a dar a luz, su hermana mayor se encargó del correo y los paquetes para buscar trabajo. Así, la joven tendría tiempo para reflexionar sobre su situación profesional. Ariane le dio las gracias y se fue a casa a hacer rápidamente las maletas. Les dijo a todos que se marchaba a la ciudad a buscar trabajo, lo que les pareció plausible, y le desearon buena suerte.

«Gracias, me sentiré menos sola en estos lugares tan diversos gracias a vuestra delicada atención. Me recuperaré de otra manera».

Recibió algunos regalos que le alegraron el corazón y que le serán útiles en un futuro próximo y lejano.

-Gracias por todos vuestros regalos, que guardaré con mucho cariño. Soy consciente del cambio que esto supondrá.

-Te echaremos mucho de menos por tus canciones, tu talento y tu amabilidad. Danos noticias de vez en cuando.

-Quizás nos volvamos a ver algún día, la vida está llena de maravillas, de sorpresas, de asombro...

-Sí, sin duda tienes razón, ¡besos y buena suerte!

Antes de quedarse embarazada, trabajaba como costurera en una tienda conocida por la calidad de su trabajo.

-Sí, te lo mereces, ¡no nos olvides en tus oraciones!

Regresó al bosque y se puso a confeccionar un ajuar para el bebé que estaba por llegar: era muy hábil con las manos y creaba modelos magníficos con muy poco. Eran tan bonitos que su casera y amiga le aconsejó que mostrara sus creaciones a una casa de costura muy reputada: así tendría un futuro profesional sin tener que salir de casa durante el

embarazo.

«Eso te hará independiente de esta sociedad que juzga tus actos y te protegerá a ti y a tu hijo».

La joven futura madre se hablaba a sí misma, murmurando casi a regañadientes, pensando casi soñadora:

-No lo había pensado, porque aquí estoy muy bien, con vosotros.

-Debes ampliar tu presente, porque yo no siempre estaré aquí.

-Geneviève, vamos, ¡estás en plena forma y en paz!

-Sí, pero nunca se sabe. Al menos por el bebé...

-¡Eres más previsora que yo! Tu sabiduría guía mis pasos, sin duda. Siempre tienes una solución, es increíble. Mi generación es inconsciente en comparación con la tuya.

Ariane siguió el sabio consejo de su amiga y envió por correo, con el poco dinero que había ahorrado, sus mejores piezas de lencería para niños. La casa de alta costura le envió por correo urgente un pedido para una rica clienta estadounidense que debía completarse en un plazo de treinta días, seguido de un paquete con las piezas de los diferentes tejidos solicitados por esta.

«Algodón, tafetán, muselina, satén, pedrería, cintas, perlas: ¡qué obra de arte!».

Tranquilizada sobre su futuro inmediato, la joven se puso a trabajar con ahínco. Era una apasionada de la moda.

-Aquí está su respuesta, es muy positiva, gracias, Geneviève.

-Escúchame y te respetarán profesionalmente.

-Sí, querida amiga, con cautela y mucha atención.

-Eso irá bien con tu hijo, aunque tengas que decir que eres viuda. Un pequeño desliz no debe interrumpir tu ascenso. Estoy segura de tu talento, que se verá confirmado.

-Oh... Su protección me basta, entre nos dos.

Puso su alma y su saber hacer en esta ardua tarea y logró maravillas. Tenía dedos de hada y pronto se vio desbordada

por los pedidos. Siempre estaba de buen humor, dispuesta a cantar o sonreír. Para la anciana era un verdadero regalo celestial ver a la joven trabajar de sol a sol, tranquilamente sentada junto al fuego, frente a la chimenea, esperando la llegada de un bebé.

«¡Qué gran oportunidad para su independencia femenina!».

Geneviève no se arrepentía de nada, ya que había aceptado su presencia bajo su techo. ¡Al contrario! Puso un pero a ese ideal:

-Ariane, trabajar para los demás te honra, pero no te olvides de ti misma. Trabajo y bienestar. Respira un poco, ¿quieres?

-Sí, Geneviève, no te preocupes, gracias a los retales que tengo, mi bebé estará bien vestido y feliz.

-A pesar de todo, tienes que descansar, tu estado requiere buena salud. Creo que te sentará bien dar un paseo. Ve a recoger flores para despejarte. Mira el cielo, sueña.

-Con tus platos, no me falta de nada, ni al bebé tampoco. Nos mimas y preparas deliciosas infusiones.

-Tienes un lado bastante fatalista que me confunde, sé más realista... Sé más pragmática, por ti y por el niño.

-Sí, lo sé, y lo intento: contar, ahorrar, mirar más allá del mes trabajado, pero me cuesta mucho. Me esfuerzo por seguir tu consejo, pero no siempre lo consigo.

¡Los meses pasaron a una velocidad vertiginosa!

«Vamos a organizarnos para que des a luz aquí».

Protegidas por la naturaleza, eran afortunadas y estaban encantadas con su suerte. Llegaron los últimos días del otoño y también el final del embarazo. El vientre crecía gracias a los cuidados dedicados de la señora Geneviève y la futura mamá se sentía cada vez más pesada. En una noche estrellada, con la luna llena y brillante, se oyeron los gritos de una mujer que desgarraban el aire fresco. Ariane había llegado al final y daba a luz a una niña.

-¡Vaya, querida, has sido muy rápida, dime!

-¡Salió al mismo tiempo que el agua, se deslizó!

-¡Qué bonita ha quedado! ¡Toda rosada y regordeta!

-¡Ojalá esté completamente formada! Según usted, he llegado al final. ¡Dios mío, ya se mueve!

-No te preocupes, te lo aseguro. Está en perfecto estado. Ya está, acabo de cortar el cordón. Voy a lavarla y vestirla.

Las dos mujeres se inclinaron sobre la cuna improvisada: una antigua cesta de costura encontrada en el fondo del desván, barnizada y arreglada. Dentro, una preciosa muñequita con rizos rubios, como su jovencísima madre, de dulces ojos azules, sonrisa angelical y miembros delicados. Un pequeño ángel acababa de nacer en un ambiente de calma, feminidad e intimidad.

«¿Así está bien? Te ayudo, ella está tan calentita como tú y necesita reconocerte, déjala mamar».

Fue un momento de ternura que acompañará parte de la vida de esta niña tan bonita, delicada y feliz.

-Se adapta a los horarios del día, entre comidas y descansos, y duerme tranquilamente por la noche. Está encontrando su lugar...

-Sí, eso es lo que he observado. Tiene el instinto de dejarnos trabajar en paz. Ha crecido sintiendo vuestras necesidades.

-Gracias por disuadirme de no quedármela, no me arrepiento. Geneviève, ¡te lo debo todo!

-Me alegro de esta decisión, que ha devuelto la vida a esta casa.

El invierno llegó muy rápido ese año y la nieve cubrió el bosque: pronto los hombres harían un alto. Los gritos del bebé no se oían desde el sendero que llevaba al pueblo. Las dos mujeres, turnándose al lado de la cuna, se sentían en armonía. Su profesión de diseñadora y costurera de moda infantil le exigía cada vez más y su futuro estaba casi trazado. Ariane podría haber tenido su propia tienda...

«Mi amor, podrías haber sido mi hija. Te quiero y te admiro. Estoy orgullosa de ti, estás evolucionando de forma magistral, ¡bravo!».

Los pedidos llegaban en tal cantidad que se veía obligada a rechazarlos o a dar plazos más largos.

«¡Mirad, más pedidos, y no precisamente pequeños!».

Su negocio tomaba forma, fuerza y vida. Sus modelos se convertían en únicos, con un menor coste de materiales, más ligeros para los niños y menos pesados para las madres, lo que suponía una fortuna para la casa de alta costura y un salario digno para Ariane. Toda la sociedad encontraba en ellos su norma y su intuición se adelantaba a la propia creación.

«Sabes lo que buscan las madres para sus hijos, incluso más allá de sus propios deseos estéticos».

Ariane tenía esa intuición para comprender el futuro de esas mujeres adineradas y de esas futuras madres, simplificándoles el día a día: la burguesía evolucionaba, reevaluando sus principios, mostrándose más autónoma, más independiente. Un viento de libertad soplaba en los salones literarios, invitando a todas a dedicarse a la política, a estudiar materias como la biología, la medicina o el derecho.

-Ariane, solo había que creer y dar los pasos necesarios, ¡ya lo ves! Tú también has llenado mi vida.

-Sí, pero sin confianza en mí misma no me atrevía, y entonces apareciste en mi vida y todo cambió.

-La solidaridad hizo el resto, me lo paso genial con este pequeñín.

-Estoy orgullosa de mi trabajo actual. He progresado.

-Tú puedes, es excelente y gusta mucho.

Un día recibió una invitación para ir a la capital, con todos los gastos pagados por su empleador: Geneviève la animó a aceptar, ella se quedaría con la pequeña durante ese tiempo. La joven se marchó, impulsada por su reciente éxito. Para este viaje de trabajo, había elegido una maleta y un bolso idénticos para causar una buena impresión. ¡Ariane causó sensación!

«Geneviève, ¡estoy tan feliz, esto es espectacular! He estado brillante y con mucho tacto: han aceptado mis diseños».

Compartió su éxito con su amiga por correo, pero cuando llegó el día, ¡nadie apareció! No volvió. ¿Qué estaba pasando?

«Estoy aislada: no puedo dejar sola a Marjorie ni llevarla conmigo, ¿qué hago? ¡Qué mala suerte! No tengo noticias, esto no es normal. Seguro que Ariane ha tenido algún imprevisto o un accidente. El periódico, quizá haya algún artículo sobre algún suceso. Esperemos a mañana, el periódico estará ahí. Me siento bloqueada por primera vez. Me ocuparé de la pequeña un rato, ¡pero qué ganas de que vuelva!».

Durante el viaje de vuelta, el tren descarriló y la joven madre fue encontrada aplastada por una multitud de maletas muy pesadas. Ariane sostenía un medallón entre sus delicados dedos de artista. Este camafeo contenía una pequeña miniatura que ella había encargado para su hija: un mechón de pelo con su madre y su padre reunidos sobre una A entrelazada.

«Pobrecita, qué destino tan trágico. Es injusto, con tanto talento y tan joven, ¡Ariane tenía toda la vida por delante!».

Los servicios de emergencia hicieron una búsqueda que les llevó hasta Geneviève, a la dirección indicada en su bolso negro.

-Lo sentimos mucho. Era tan joven y tan guapa.

-Es una gran pérdida emocional para mí y... para la pequeña.

-¿Qué van a hacer con el cuerpo? ¿No tenía familia?

-Yo me encargaré, llamaré al alcalde, al cura y al enterrador para que la entierren. Hacía poco que vivía aquí.

-Sí, muy bien, si no, iría a una fosa común, lo que sería doblemente triste... Gracias, señora, por hacerlo aquí.

La vieja amiga se quedó sola con aquella niña tan joven y tan guapa: la crió con el amor de una abuela, protegiéndola al máximo y prestándole toda su atención. La matriculó en

una escuela reconocida y creció como una niña normal. Geneviève pagaba las facturas y los gastos de mantenimiento, le hablaba de su madre, la pequeña Ariane, trabajadora y brillante, con un talento artístico y estético seguro y pronunciado.

«Tienes buenos modales, pero tu actitud a veces deja que desear, ¡compórtate, mi preciosa gatita!».

Marjorie era el retrato de su madre, pero con un carácter más afirmado, directo y franco, un poco rebelde, pero muy cariñosa.

- Niña, deja inmediatamente esa rebeldía tan inapropiada.
- No me gusta la injusticia, señora, ¡siempre la combatiré!
- ¡Se está volviendo impertinente, jovencita! Deténgase, se lo agradeceré. ¡Este fin de semana tendrá castigo!
- ¡Puede castigarme! No me moveré ni un milímetro.
- ¡Bien, ve a ver al director inmediatamente!
- Iré sin problemas, señora. Voy a explicarle todo.

Ese invierno, Geneviève se recuperó mal de una gripe fuerte que rápidamente se convirtió en neumonía y acudió al notario para legarle todos sus bienes y pedir a una agencia de detectives que localizara al padre, con la poca información que tenía, encontrada en los papeles de su joven amiga, una vez que ella falleciera. En una apasionada carta de amor figuraba un nombre: Monsieur Arnaud de Montcalm.

-Por favor, envíenme un informe completo sobre este hombre, gracias, ¡es confidencial! Para su hija, en mi domicilio.

-Nuestros agentes y nuestros servicios serán discretos, se lo aseguro, y yo me hago personalmente responsable de esta situación.

-Necesito resultados rápidamente, porque estoy muy enfermo y tengo a mi cargo a esta niña tan encantadora. La necesito.

-Entiendo perfectamente su petición y su embarazosa situación, no se preocupe, le honra. Ella tiene suerte...

-Gracias por su apoyo, querido señor. No quiero nada para

mí.

-Sí, sin compromiso ni intención de chantaje, solo quiero que esta niña vuelva con su familia biológica.

-Sí, señor, y solo porque ahora estoy enfermo, si no, no habría dado este paso.

-Lo sé muy bien, gracias por confiar en mi equipo.

Poco después, en el interior de su casa en el bosque, recibió un informe detallado y preciso de la investigación que había iniciado sobre la identidad del padre de la bella Marjorie, la niña del bosque a su cargo. Así supo que se trataba del último hijo de un burgués, comerciante de telas de profesión, propietario de múltiples propiedades rurales con caballos, perros y rentas.

«¡Vaya, qué historia tan romántica y triste!».

Al reunir toda la información, supo lo que había sucedido.

«Me mantengo cautelosa en este delicado asunto del corazón. También comprendo mejor en qué atolladero se encontraba mi pequeña Ariane. Su enamoramiento se había convertido poco a poco en un amor verdadero, tomándoles por sorpresa. Creyendo ingenuamente que eso sería suficiente para el padre de Arnaud, concibieron sin querer a la pequeña Marjorie en un hermoso impulso de ternura. Pero no pudieron prever la actitud rígida de ese padre orgulloso. Solo el padre, orgulloso de su éxito, quería lo mejor para cada uno de sus hijos: Arnaud prefirió marcharse durante un tiempo para calmar los ánimos, pensando en volver muy pronto, pero entonces diferentes intereses comerciales decidieron entrometerse en la historia. Mientras escribía, apasionado y emprendedor, a Ariane para que no la olvidase, se prometía a sí mismo que, a su regreso, se casaría con ella, armado con sus ganancias. ¡Qué desgarrador era todo aquello! »

Los dos jóvenes se gustaron, se enamoraron y fueron separados por la familia del joven. Este último, enviado en misión comercial por la empresa paterna a China, regresó hace solo unos días. Ella se alegró mucho y se dispuso a seguir a este hombre para estar segura de tomar la decisión

correcta para el niño. Geneviève estaba en una misión para rescatar el destino de este amor incomprendido pero presente.

«¡Es muy alentador para el futuro!».

¡Qué sorpresa se llevó cuando lo vio preguntando por la joven que había dejado antes de partir para China! ¡Aún la amaba! ¡No se le podía culpar de todo lo que había sucedido entretanto! Con estas conclusiones, la anciana se dirigió al joven, que estaba sentado en un banco con el rostro sombrío, la mirada perdida y completamente desamparado...

«Ayúdeme, señor, ¿por qué está tan triste? A su edad...».

Le preguntó qué podía causarle tal depresión.

-Buenos días, joven, ¿por qué ese velo sobre sus ojos? ¿Ha recibido alguna noticia afligida? ¡Recupérese!

-Sí, señora, estoy consternado por una realidad que imaginaba muy diferente al volver a Francia. Estoy atónito y enfadado.

-¿Ah, sí? ¿Y qué esperabas, algo alegre o feliz?

-Encontrar y casarme con el amor de mi vida, ¡y ha desaparecido!

-¿No se llamaba Ariane? —le preguntó, tendiéndole el medallón.

Él la miró con cara de derrota y le habló con palabras conmovedoras sobre ese amor que ya no encontraba, temiendo haberlo perdido para siempre. Ella había respondido a sus primeras cartas, pero luego hubo silencio durante muchos meses, que se convirtieron en años. Y ahora que él había vuelto, no la encontraba. Había desaparecido por completo, se había esfumado: ¡no había ningún rastro de ella!

«Sí, Ariane, mi flor cortada demasiado pronto...».

Le dio toda la información que él quería y concluyó con la muerte de la joven. Luego, al ver que estaba desesperado, añadió suavemente que tenía una hermosa hija de dieciséis años, el retrato exacto de su joven madre. Él le preguntó si

podía verla y ella lo llevó a su casa, en lo profundo del bosque.

«¡Dios mío, es su viva imagen!».

Quedó encantado con Marjorie, que le recordaba cruelmente a su joven amor. Había recuperado las ganas de vivir y de luchar por ese pedazo de amor. Acababa de perder para siempre a la madre, pero ahora tenía que asumir el papel de padre. Le dijo que lo discutiría con su padre para llevarse a esa preciosa muñeca con él. Se había convertido en socio y director de la empresa familiar.

-Gracias, Geneviève, por ayudar a mi Ariane a encontrar su camino.

-He cumplido con mi deber y me alegro de haberte conocido.

-No se preocupe, cuidaré de mi hija Marjorie. Me ha devuelto la vida, me ha dado un verdadero impulso, gracias.

-¡No lo dudo ni un segundo! No tardes... Quiero que esto se solucione pronto porque estoy muy enferma.

-Te lo prometo, hasta muy pronto, Geneviève.

Ella le dio las gracias entre dos violentos ataques de tos, angina de pecho. Había que actuar con rapidez porque no le quedaba mucho de vida. Él comprendió la urgencia y se marchó para volver solo tres días después al lado de una anciana muy delgada. Geneviève se alegró de volver a verlo y exhaló su último aliento en los brazos del apuesto hombre que había venido a recoger a su propia hija.

«Gracias, Geneviève, querida abuela de amor eterno...».

Marjorie tuvo una vida de princesa, una buena educación, cursó estudios universitarios y se convirtió en una abogada de renombre. Geneviève fue enterrada en la parte trasera de su pequeña casa en el fondo del bosque, donde varias veces al año, un hombre simpático y una bella joven subían juntos por el sendero para depositar las flores silvestres que tanto le gustaban.

«Queridas amigas, descansad en paz en este rincón tan bonito...».

Había también una segunda tumba, cubierta de flores y muy bien cuidada, muy cerca de allí: la de la joven y guapa señorita, la pequeña hada de dedos delicados, Ariane, a quien su hija y aquel hombre nunca olvidarían. La cabaña se mantuvo en buen estado y sirvió de refugio a Marjorie para descansar del ruido de la ciudad donde impartía justicia. Su clientela era gente humilde a la que nadie quería defender.

«Me habéis enseñado y querido tanto, mamá y Geneviève».

Creó dos asociaciones a las que bautizó con los nombres de Geneviève, para personas mayores, y Ariane, para chicas jóvenes en situación de dificultad. Marjorie asistió a numerosos eventos y, al llegar a los cuarenta años, se convirtió en novelista, y sus cuatro primeras obras fueron aclamadas por la crítica. Entonces, durante una firma de libros, conoció al amor de su vida y tuvo dos hijos maravillosos, de los que se ocupó el abuelo Arnaud.